

á la cual deseaba enterar pronto de las maravillas de esta santa muerte. «Ya imaginaréis, querida hija mía, cuánto hemos sufrido en estos días. Ya no era aquella señora de Thorens que habéis conocido, aunque era tan amable, sino una señora de Thorens enteramente dedicada á Dios, enteramente elevada, con el designio de no vivir sino para Dios, llena de luces en las cosas espirituales y en el conocimiento de Dios y de sí misma; tal, en fin, que podíamos esperar que pasado algún tiempo sería otra Madre como la nuestra y suya.

»Nada os diré de su muy santa muerte. Entre los que la presenciaron hubo algunos que al día siguiente vinieron á pedirme licencia para invocarla, y otros que quisieron renovar sus buenos propósitos, conmovidos con el espectáculo de una muerte llena de dolores acerbos, y salpicados con las dulces palabras de *¡Viva Jesús! Señor Jesús, ¡llevadme á Vos! ¡Oh pasión y muerte de mi Salvador! Yo os abrazo; y esto pronunciado con una dulzura maravillosa*» (1).

Y en otra parte: «¡Dios mío: ¿qué fin ha tenido? Verdaderamente el más santo, el más dulce y más amable que se puede imaginar. Yo la quería con un cariño mucho mayor que el fraternal; pero así ha querido el Señor que sea, y así debe ser. ¡Bendito sea su santo nombre! Amén (2).»

Mientras que San Francisco de Sales aliviaba su corazón desahogando su dolor, la venerable Madre de Chantal sucumbía al suyo. Desde la muerte de su hija había caído en ese silencio en que la veremos siempre en iguales circunstancias, y que hacía temer por su

---

otra parte su muerte, vieron y admiraron las piadosas circunstancias de la misma.—*Francisco*, Obispo de Ginebra, que confesó, dió el Viático y la Extremaunción, y admitió los votos de esta amada Hermana difunta, á la edad de diecinueve años, dos meses y seis días.—*Hermana Juana Francisca Fremiot.*»

(1) Carta del 14 de Septiembre de 1617.

(2) Carta del mes de Octubre de 1617.

vida. Iba á la recreación, pero sin hablar una palabra; hilaba su rueca absorta y extraña á cuanto se decía. Mientras duraba este estado, era tan parca para escribir como para hablar. Por la única carta que escribió á San Francisco de Sales, y que vamos á copiar porque tiene una belleza incomparable, se reprendió ella misma de haberla escrito, como de una falta de resignación.

«La paz de Nuestro Señor con su eterna bendición esté siempre en medio de vuestro corazón, mi verdadero y muy querido Padre. Estoy un poco aliviada de mis males del corazón, y mi alma está llena de dulzura y suavidad en la sumisión á la voluntad divina, la cual deseo cada vez más ver reinar soberanamente en nuestra santa unidad.

»Pero, Dios mío, no obstante esto, veo y siento cuán verdaderamente era esta niña la hija perfectamente amada de mi corazón, y cómo lo será siempre y con justicia, según me parece. Es un alivio sin igual para mí en esta pena el sentir este amor donde lo habéis colocado como una gota preciosa en el Océano.

»Yo me consuelo también con decirlo esto, mi único y tan buen Padre; ¡alabado sea Dios! Y digo este alabado sea Dios de todo mi corazón, en paz, con dulzura y con un reconocimiento grande por la gracia que Dios nos ha hecho; sí, alabado sea Dios por habernos dado tal hija y habérsela llevado para sí tan felizmente.

»Me parece que debería privarme de hablar tanto de nuestra querida niña, porque el contento que de ello tengo, me deja siempre mucho enternecimiento. Padre mío, único Padre mío, y cuanto sabéis sois para mí. Me servirá como un confortante el haberos dicho todo esto (1).»

Así es como esta enérgica mujer contenía su dolor, y en lugar de los gritos del águila herida que se cree-

---

(1) Carta sin fecha, pero que es de Septiembre de 1617.



ría habían de salir de sus labios, no se oyen sino los dulces y humildes gemidos de la paloma, que aún se reprende. Pero como no se violenta impunemente á la naturaleza, al cabo de seis semanas de luchas interiores y de heroicos esfuerzos para contener la pena que la abrumaba, y ocultarla á lo menos á las miradas de todos, cayó enferma de peligro. El origen de esta enfermedad, causada por el dolor materno, está atestiguado por todos los contemporáneos, no solamente por las religiosas de la Visitación y San Francisco de Sales, sino por el mismo Bussy-Rabutin. «Algunas semanas—dice—después de la muerte de la señora de Thorens, la Madre de Chantal enfermó de tanta gravedad á causa de los esfuerzos que hizo para vencer su dolor, que estuvo á los últimos (1).» En efecto, fué preciso administrarle los Santos Sacramentos. San Francisco de Sales entró en el monasterio, confesó á la moribunda, le dió el Santo Viático y la Extremaunción, y arrodillándose al pie de su cama, con todas las Hermanas presentes esperó su último suspiro. La Santa parecía sufrir horriblemente, más aún en el alma que en el cuerpo; y sus ojos, fijos con vehemencia en una imagen de Jesucristo que el Santo había hecho poner á los pies de su cama, indicaban á un tiempo la lucha interior que sufría la moribunda, y su ardiente fe. De repente el bienaventurado Obispo se sintió inspirado para hacer un voto á San Carlos Borromeo, á quien acababan de canonizar. Se trajeron reliquias de este Santo, y con mucho trabajo se pusieron algunas partículas en los labios de la agonizante. En el momento, dando un gran suspiro que se creyó el último: «Padre mío—dijo—no moriré.—No, hija mía—le respondió el Santo,—viviréis eternamente por la misericordia de Dios.—Siento—replicó la enferma—que estoy curada, y me encuentro muy bien, gracias á Dios y á su San-

(1) *Vida compendiada de la Madre de Chantal.*

to.» Estaba curada, en efecto, y en pocos días recobró sus fuerzas, sin quedarle aquella languidez que ordinariamente tenía en sus convalecencias. «Verdad es—dicen las antiguas Memorias—que el que la había sanado, no hace curas imperfectas.»

Tal fué la Madre de Chantal en los días terribles de la muerte de su hija mayor: ella no la deja un instante; permanece de pie á su lado hasta que exhala el último suspiro; tiene, es verdad, ánimo para cerrar sus ojos, pero se desmaya de dolor después de haber cumplido este triste deber; trata, en fin, de calmarse, de contenerse, de encerrar en su pecho la tristeza que la oprime, pero cae enferma y muere de pena, digámoslo así, porque sólo por un milagro sana y vuelve á la vida. Ante un infortunio tan grande, soportado con tanta grandeza de alma, el espectador se detiene mudo y arrebatado de admiración, recordando el oportunísimo dicho de San Francisco de Sales, que resume todas estas escenas: «Nada ha faltado á su dolor; ha sido profundísimo; nada á su resignación: ha sido sublime (1).»

Descansemos un poco de estos espectáculos dolorosos, estudiando á la señora de Chantal en los cuidados á que se entregaba por los dos hijos que aún le quedaban; viendo crecer bajo la mano y mirada de esta mujer vigilante la hermosa juventud de Francisca, y la no menos bella, pero más agitada, de Celso Benigno.

Francisca, como ya hemos dicho, no dejaba nunca á su madre. Cuando se leen las cartas de San Francisco de Sales, se ve á cada instante, por una palabrita, por un pequeño saludo en la despedida, aparecer de repente la figura risueña de la joven Francisca al lado de la de la Santa. «Un saludo cordial á nuestras hermanas, y también á la señorita de Chantal, porque ¿no es

(1) *Vida compendiada, pág. 17.*



acaso mi muy querida hija? (1).» Y otro día: «Mandadme á nuestra querida hija Francisca, á quien confesaré esta tarde (2).» Y en otra parte: «He visto en el sermón á nuestra querida hija Francisca, pero no me atreví á preguntarla si seguía bien mi amada Madre, porque había muchas personas que hubiesen podido oirme. Encargo, pues, á esta esquelita os pregunte cómo estáis de salud, y á nuestra muy querida hija, que os cuente algo del sermón que he predicado animosa y apasionadamente» (3).

Cuando se pregunta á los monumentos contemporáneos, se ve el mismo espectáculo. Siempre y en todas partes aparece Francisca al lado de su madre. Juega con las novicias, entre las cuales hay muchas de su edad, y las disipa un poco con sus pájaros y sus ardiillas (4). Se pasea bajo los árboles del jardín, unas veces con la Hermana María Amada de Blonay, otras con la Hermana Claudia Inés de la Roche, y con más frecuencia, acompañada de la Hermana Paula Jerónima de Monthouz, que parece estuvo especialmente encargada de su educación (5). Hace su oración con las Hermanas, y hasta de sus maceraciones y penitencias quiere participar (6). En el refectorio tiene su lugar junto á su madre, y en el dormitorio, sus celdas están la una al lado de la otra. ¡Ay! antes de la muerte de la joven Baronesa de Thorens, al lado de estas dos celdas había otra para María Amada, á fin de que cuando venía al convento, las dos queridas niñas durmiesen, por decirlo así, bajo las alas de su madre. «Todas las mañanas —

(1) Carta del 9 de Febrero de 1617.

(2) Carta sin fecha, que debe ser de 1613. Es la DLXXIII de la primera edición de las *Cartas*.

(3) Carta del 4 de Diciembre de 1612.

(4) *Memorias de la Madre María Adriana Fichet*.

(5) *La Casita de la Galería*. Vida de algunas superiores. La Hermana Paula Jerónima de Monthouz.

(6) *La Casita de la Galería*, pág. 7.

dice la Madre de Chaugy—esta amable hija (María Amada), cuando tocaban á la oración, se ponía en el umbral de su puerta para dar los buenos días á su querida madre. Pero como era en el tiempo en que está prohibido hablar, la Santa, sin decirle una sola palabra, se los devolvía en silencio con una cariñosa mirada y una pequeña inclinación de cabeza (1). Francisca hacía lo mismo. «Todas las mañanas—nos dice un antiguo manuscrito—se levantaba muy temprano é iba saltando al antecoro, para recibir á su madre, que bajaba á la oración. La bienaventurada, con un aire afectuoso, la acariciaba un poco y le daba en silencio su bendición, con lo cual se iba la niña contenta y satisfecha (2).

Y no sólo no deja Francisca á su madre, sino que cuando ésta se ve obligada á salir de viaje, lleva consigo á su hija. En 1611, cuando su viaje á Borgoña, Francisca va en la misma litera que la bienaventurada. Lo mismo sucede en 1618, cuando la Santa salió á fundar el monasterio de Grenoble. Algunos meses después, al punto que la Santa iba á marchar á Bourges, cayó Francisca mala de repente. A pesar de esto, como la enfermedad no era grave, la Santa quiso resueltamente llevarla, y ya estaba la niña en el carruaje cuando San Francisco de Sales se opuso á su partida. «Nuestro buen Sr. Miguel—escribe á la Madre de Chatel—os dará noticias nuestras, y del sentimiento de Francisca y del mío porque no ha podido acompañarme; gracias á Dios no hay peligro alguno, pero ya sabéis que después de sus enfermedades queda por mucho tiempo débil y delicada, y por esto no hemos podido aguardarla. Pero Dios mediante, el Sr. de Var la traerá á Lyon en cuanto

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 435.

(2) *Compendio de la vida y de las virtudes de María Francisca de Rabutin de Chantal*, publicado por Mr. Migne. *Obras completas de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, t. VII, pág. 453.



pueda ponerse en camino, y desde allí la haremos pasar á Moulins, adonde enviaremos á buscarla (1). » Obligada á dejar á su hija enferma, la Madre Chantal la cobija, por decirlo así, con su mirada del corazón; á cada parada tiene algo que decir de su hija ó para su hija. Al llegar á Bourges, el 26 de Noviembre, y no encontrando noticias de ella en esta ciudad, se llena de inquietud. «Mi querida Hermana — escribe á la Madre Favre,—tengo tan pocas noticias vuestras y de Annecy, que temo haya sucedido algo á mi hija Francisca (2). » Algunos días después, sabiendo que su hija había llegado á Lyon, vuelve á escribir á la Madre Favre: «No sé si habrán ido ya á buscar á Francisca, y lo deseo, porque os estará molestando. Adiós: memorias á mis queridas hijas, y á Francisca, si aún está en esa, que no deje de escribirme (3). » Al mismo tiempo escribe á Moulins á la Madre de Brechard para que no se dilate la llegada de su hija. «Acepto vuestra oferta de enviar á buscar á Francisca á Lyon... Mi sobrino de Neufchezes irá por ella á vuestra casa, si ha llegado ya. Estas incomodidades se habrían evitado si no me hubieran disuadido de traérmela, porque la pobre criatura estaba subiendo al coche para venir aquí, cuando la hicieron quedarse. Imaginad su pena (4). » Y todo concluye, como siempre, con esta palabra que encontraremos siempre al fin de todas sus cartas: «Adiós, no olvidéis á mis hijos en vuestras oraciones (5). »

Educada así por la Madre de Chantal, dirigida por San Francisco de Sales, amada de todas las primeras Madres de la Visitación, acariciada por todas las jóvenes novicias, llegó Francisca á los diecisiete años, y fué

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*. Edición Migne, pág. 977.

(2) *Id.*, pág. 978.

(3) *Id.*, pág. 981.

(4) *Id.*, pág. 984.

(5) *Id.*, pág. 1071.

preciso empezar á ocuparse seriamente en su porvenir.

La Madre de Chantal, como ya hemos dicho, hubiera querido fuese religiosa, y el fervor de Francisca en 1611, 1612 y 1613, hizo esperar por un instante que se realizarían estos deseos. Pero adelantando en edad, no sintió inclinación alguna al claustro, y San Francisco de Sales, que era su director, se encargó de decir á la Madre de Chantal, que puesto que su hija no tenía afición á la vida religiosa, era ya tiempo de que se la hiciese ver el mundo. Como el monasterio de Annecy no tenía aún clausura, y por otra parte, las diversiones y fiestas mundanas no se verificaban por la noche en aquella época, fué fácil que Francisca se presentase en el mundo sin dejar de vivir en el convento. Entonces se vió claramente cuán peligroso es el mundo. Esta joven que había sido educada tan cristianamente, y cuyo fervor era tal que á los quince años y padeciendo tercianas, esperaba el día que no la tocaba la calentura y mandaba á buscar ortigas para tomar la disciplina; que al entrar en el mundo estaba dirigida por San Francisco de Sales, y continuaba viviendo con su santa Madre de Chantal; esta misma niña, apenas aparece en el mundo cuando se distrae y afloja en su primitivo fervor. «Fué muy bien recibida en el mundo—dicen las *Memorias* contemporáneas—para no corresponderle con agrado.» En efecto; así como sus buenas cualidades de cuerpo y alma la hicieron sobresalir entre las señoritas más distinguidas, así también su talento vivo, su carácter alegre, su gusto fino y exquisito para todas las diversiones, hicieron que buscarse éstas con mucho afán, y aunque guardó con la más exquisita reserva su honor y su virtud, olvidó, no obstante, las prácticas de devoción, en las que se entibió mucho. Nuestro Santo Fundador le manifestó su sentimiento como padre, pero conoció muy pronto que no era tiempo de exigir de esta joven los frutos maduros de



una virtud que daría después, y, tratándola según su presente debilidad, le dijo una vez que por lo menos le rogaba rezase todos los días un *Ave María* de buena gana y con devoción. Esta recomendación fué acogida con tanto gusto, que no faltó á ella ni un solo día de su vida. Ella misma ha contado mil rasgos parecidos de la benignidad de este Santo, como el de darla alfileres para prender su pañuelo cuando llevaba la garganta muy descubierta. Otras veces, notando los vanos y superfluos adornos que llevaba, «Francisca, Francisca—le decía,—estoy seguro de que no ha sido vuestra madre la que os ha vestido así.» Era verdad, porque al salir del convento se iba á la casa de cualquier persona conocida, y añadía á su traje cuanto el mundo exigía, y no le hubiera permitido, ni permitía, una madre muerta para el mundo (1).»

Viéndola con tales disposiciones, era preciso pensar en casarla. La venerable Madre de Chantal, y aun el mismo Santo Obispo, principiaron á dar pasos con este fin. La primera tentativa se hizo en 1618. Se trataba de un caballero noble de Saboya, rico y piadoso, empleado honoríficamente en la servidumbre del Duque de Nemours, del Sr. de Foras. San Francisco de Sales, que le quería mucho, le presentó en 1619, cuando su viaje á París, á Celso Benigno, y muy pronto una íntima amistad unió á estos dos jóvenes, de un mismo país y de igual carácter. «El Sr. de Foras vino esta mañana á verme—escribe el Santo Obispo á la venerable Madre,—me dijo que había estado el día anterior con el señor de Chantal, de quien había recibido demostraciones de un afecto verdaderamente fraternal. No digo esto por nada, pero se lo digo á mi querida Madre; si yo tuviera una hermana digna del Sr. de Foras y 50.000 escudos

(1) Memorias en 4.º, inéditas, que pertenecen al primer monasterio de Annecy, y contienen la *Vida de la señora de Toulangeon y la de la señora de Grignan*, pág. 209.

que darle, lo haría de todo mi corazón. Cuanto más le trato, más le quiero (1).»

Aunque el Santo Obispo «no dice esto por nada,» la venerable Madre de Chantal lo comprendió y empezó á tratarse de un matrimonio entre el Sr. de Foras y Francisca. Como en esta época se encontraba la Santa en la fundación del monasterio de Bourges, como veremos en el capítulo siguiente, y Francisca estaba en Borgoña en casa de una de sus parientas (2), hubo dificultades y dilaciones. «El buen Sr. de Foras — escribe San Francisco de Sales con fecha 3 de Enero de 1619 — está un poco malo, y con mucha pena sobre el asunto de su pretensión.

Y el 9 del mismo mes: «Lo que siente el Sr. de Foras es no saber adónde ir para obtener el resultado final de su pretensión ó matrimonio, puesto que la señorita de Chantal no está en vuestra compañía, y no estando juntas, ni una ni otra haréis nada. En segundo lugar, no sé si el Sr. de Chantal será gustoso, pero de esto él mismo podrá enterarse (3). En tercer lugar, tampoco sabe qué dote se la dará, ni si se hará liquidación de bienes, ó si la recibirá del Sr. de Chantal. En cuanto á mí, yo explico estas cosas á mi modo, no entendiendo nada de las ceremonias, términos y maneras con que se

(1) Esta carta que se publicó en un número del *Amigo de la Religión*, del mes de Octubre de 1859, no está dirigida, como pensaba el Abate Keller, á la Madre Favre, sino á la Madre de Chantal. El Arzobispo, de quien en ella se habla, no es el Arzobispo de Lyon, sino el de Bourges. La Santa estaba entonces en esta ciudad disponiéndose para ir á París, adonde acababa de llegar San Francisco de Sales, y en donde trataba del difícil negocio de la fundación de un monasterio. La carta fué, pues, escrita del 4 de Noviembre de 1618, al 6 de Abril de 1619.

(2) Esto es lo que dice Bussy Rabutin. Quién era esta parienta y en qué punto de la Borgoña residía, no lo hemos podido averiguar.

(3) Se trata de Celso Benigno, el mayor de la familia, representante de su difunto padre, y como tal, consultado siempre en el asunto del matrimonio de su hermana.



trata un negocio en que no entendí nunca, gracias á Dios, y os aseguro que el pobre muchacho no es en esto más docto que yo; pero lo es mucho en bondad, piedad y toda clase de virtudes, y le parece que aunque no se case con la señorita de Chantal, lo cual, no obstante, desea mucho, no dejará de ser hijo vuestro» (1).

Este proyecto no se realizó, no sabemos por qué, pues todos los parientes eran gustosos (2); y al año siguiente vemos á San Francisco de Sales ocupado de nuevo en este asunto y sin mejor resultado. «Si me escribis—dice á la Santa el 20 de Febrero de 1620—que la señorita de Chantal no se ha casado ni se trata de ello, veríamos de anudar de nuevo relaciones al efecto, ó con el sobrino del Sr. de Andelot, si vuelve pronto de Italia, donde está con su tío, ó con el señor de Ballon, si no se casa con la señorita de Charmoy, á quien hace la certe entre gran número de rivales» (3).

Mientras que San Francisco de Sales se ocupaba activamente en Saboya en este proyecto, la Madre de Chantal, que había ido á París por asuntos de que hablaremos después, trabajaba también en casar á Francisca, pero con mejor éxito. Entre los que pretendían la mano de su hija escogió al señor Conde de Toulougeon, caballero de muy distinguida familia, que había brillado mucho en el sitio de Suze y de la Rochela, «hombre de mucho mérito—dice Bussy Rabutin,—que hubiera ido muy lejos en el camino de la fortuna con sólo haber vivido un poco más» (4). Aunque joven aún, tenía mucha más edad que Francisca; pero esta falta estaba compensada con tantas ventajas, que ni la san-

(1) *Carta inédita de San Francisco de Sales.* (Archivos de la Visitation.)

(2) *Carta de la santa Madre de Chantal,* del 27 de Febrero de 1619.

(3) *Carta inédita también.* (Archivos de Annecy.)

(4) Genealogía manuscrita.

ta Madre de Chantal, ni aun Celso Benigno, que se hallaba entonces en su compañía, titubearon ni un solo instante (1). La venerable Madre escribió al instante á su hija, y entregó su carta al Sr. de Toulougeon, que iba á Borgoña, donde estaba Francisca. Se leerá con gusto esta carta, llena de autoridad y de buen juicio, como las que las madres sabían todavía escribir en el siglo XVII. «Hija mía querida: el Sr. de Toulougeon, que tiene ocho ó diez días libres, quiere aprovecharlos—dice—para saber por ti misma si no te parece demasiado moreno, pues en cuanto á su carácter espera que no te desagradará. Por lo que á mí toca, te diré claramente que no sólo no encuentro nada que oponer al partido que se te ofrece, sino que no deseo más; y nuestro Señor me da en esta ocasión tanto contento, que no me acuerdo haberlo tenido nunca igual por cosa alguna de la tierra. Su nacimiento y sus riquezas no son lo que llama mi atención en su persona, sino su alma, su carácter, su franqueza, su juicio, su probidad y su reputación. En fin, bendigamos á Dios, mi querida Francisca, en esta ocasión, y démosle gracias por el beneficio que te concede. Pero hija mía, disponte en agradecimiento á este beneficio, á servir y amar á Dios con más fidelidad que nunca, y que nada te impida seguir frecuentando los Sacramentos y ejercitarte en la práctica de la humildad y dulzura. Ten por guía de todas tus acciones, palabras y pensamientos el libro la *Filotea*, y caminarás bien. No te dejes llevar de las pequeñeces y vanidades en trajes y vestidos. Vas á entrar en la abundancia de riquezas; pero querida hija mía, acuérdate de que debemos usar de los bienes que Dios nos da sin apegarnos á ellos, y que del mismo modo debemos mirar todo lo que el mundo estima. Que de aquí en adelante toda tu ambición, todos tus cuidados, sean el

(1) *Carta de la santa Madre de Chantal,* del 12 de Marzo de 1620.